

el poeta, el periodista cultural, el crítico de arte, el amigo

RENÉ AVILÉS FABILA

Dionicio Morales ha dejado correr su vida entre la poesía y las artes plásticas, sin dejar de lado su sentido de la amistad, su lealtad a principios ideológicos y su fidelidad al vodka. Debería, sin duda, decir que ha corrido entre la poesía y el periodismo cultural, pero mi querido amigo le ha dado una especial importancia a las artes plásticas, pese a que ha escrito sobre libros de literatura y sus autores, los ha presentado y les ha enviado a más de un poeta y novelista sus acostumbrados recados donde analiza con cultura e ingenio sus respectivas obras. Yo mismo me he acostumbrado a verlo con pintores, críticos de artes plásticas, en exposiciones y en general atento a quienes utilizan pinceles, un cincel, el buril o la cámara fotográfica.

Dionicio, a juzgar por este libro espléndidamente editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, le encuentra muchas más virtudes a las artes plásticas que el resto de los mortales. El solo título de la obra, *Música para los ojos*, apoyado por algunos epígrafes de Octavio Paz (otro poeta que tenía especial interés por la pintura y quizá el primero en analizar seriamente a Tamayo), indica que en los colores, las figuras escultóricas, los grabados y las fotografías, él ve y escucha música. Debo reconocer, en vista de nuestra hermandad astrológica (ambos somos escorpiones y

además del mismo día, sólo que, como él mismo insiste, con muchos menos años que yo), que a mí me ocurre lo mismo con la literatura: me sirve para leer música. Pero esto es normal: Rubén Bonifaz Nuño explicaba ante un pequeño auditorio que si uno sabía bailar y gustaba de la música, escribir poesía era, entonces, algo fácil. En su caso, puedo explicármelo con alguna brutalidad: él ha perdido la vista, no el oído y de allí que siga siendo el mejor poeta de México y una figura luminosa en el campo internacional cuyas traducciones de los clásicos griegos y latinos resultan insuperables.

En el prólogo, el poeta y crítico de arte (expresión que por cierto Dionicio rechaza tajante) explica el por qué de su deslumbramiento por la pintura, la escultura y la fotografía y cómo empezó a ejercer la puntual crítica de arte. Allí hay algo que me llama la atención: la mayoría de los creadores que analiza no tienen el enorme reconocimiento multitudinario del país. Están, en efecto, Diego Rivera, Sebastián, Héctor García o Gilberto Aceves Navarro, pero el resto son descubrimientos o redescubrimientos del propio autor. No quiero decir que no sean ya afamados, sino que la consagración absoluta está en camino. A cambio, significa que el poeta que ve música en la pintura, hace un permanente ejercicio por rescatar y revalorar artistas muy importantes que no llegan a los extremos de los nombres citados en el conocimiento nacional. Hay en sus páginas muchos nombres de autores jóvenes cuyas obras deslumbran o de otros

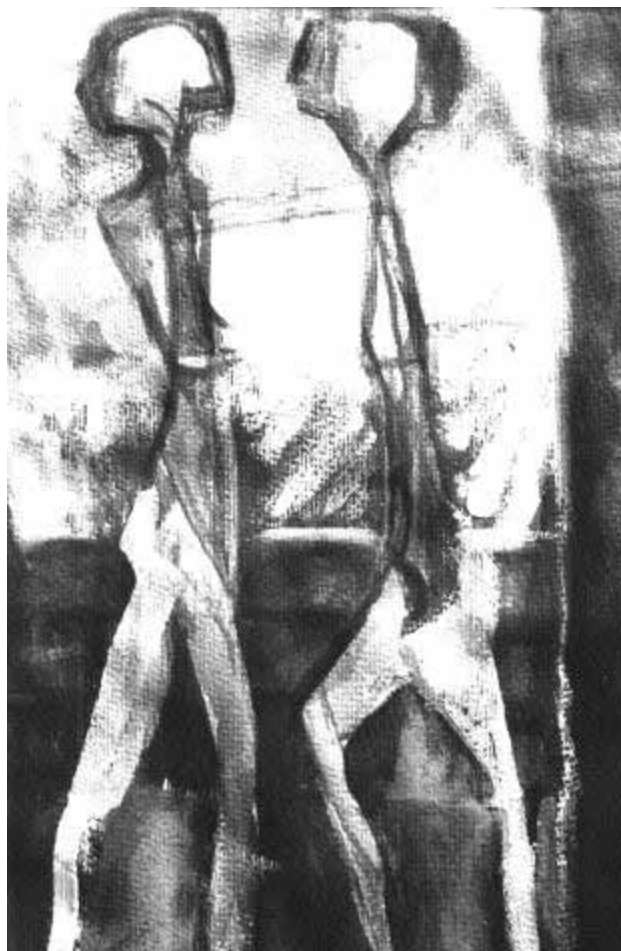
que han preferido vivir distantes del escándalo o del ruido, más bien absortos en la creación de su obra. Aquí la lista es interminable.

Dionicio Morales rechaza en efecto la pretensión de ser un crítico profesional de arte, en su abono precisa que habla de aquello que le gusta. Pero hay algo más profundo, a diferencia de los críticos profesionales, cuyas formas de expresión suelen ser académicas y con frecuencia pedantes, la suya es una visión poética que le concede mayor profundidad al trabajo. Y algo parecido ocurre con su periodismo, por ello ha inventado un nuevo género: el recado, que le permite hablar desahogadamente del autor y su obra, preguntar, hacer una broma aguda y un recuento cordial y desenfadado.

Dionicio gusta de ilustrar sus libros con obras de artistas plásticos, va más lejos y ha llevado a cabo un trabajo conjunto donde él y el artista plástico están vinculados por la musicalidad del color y de la palabra. En realidad, veo a Dionicio mucho más ligado a los pintores que a los escritores y de entre estos últimos, son más los poetas quienes lo rodean que los prosistas, a los que mi amigo, con un perverso sentido del humor califica de prosaicos. El libro en cuestión es impresionante porque el autor ha trabajado de manera intensa e ininterrumpida estudiando, admirando y descubriendo, artistas plásticos. Mis recuerdos me llevan a tiempos en que yo veía al joven poeta Dionicio Morales recorriendo galerías y conversando con pintores para llevar a cabo un trabajo periodístico de trascendencia. Creo que en esta faceta está el principal valor de mi querido amigo, ha hecho un periodismo cultural de gran altura, que es capaz de resistir el tiempo porque se hizo pensando en términos estéticos: no sólo está allí la buena prosa, están además una larga lista de valores y méritos que hoy podemos descubrir fácilmente en este libro.

Hay en Música para los ojos un orden más temático que temporal, que arranque con Diego Rivera y poco

más adelante aparezca el lamentablemente fallecido muy joven Jesús Urbieta no es un hecho cronológico sino de cosmovisión artística: allí el autor encuentra transgresiones y deslumbramientos, del mismo modo que Luis de la Torre y Adolfo Mexiac se hallan en los sueños profanos. Dionicio los ha ubicado conforme a las razones axiológicas que él mismo pudo encontrar o confirmar: luces, pesadillas, paraísos, imaginación, en fin, una multitud de aspectos que sólo un poeta puede descubrir y que el habitual crítico de arte profesional no logra penetrar. Con este libro mis sospechas se confirman: el poeta está mejor capacitado, en sentimientos y pasiones, en lecturas y sensibilidades. Octavio Paz lo anticipa, tal como Dionicio lo indica, en Los privilegios de la vista, cuando dice “la crítica de los poetas es parte de la historia del arte moderno de México”. O el des-



Iris Aldegani

lumbramiento que Jean Cocteau sentía por las artes plásticas, algo que lo llevó a él mismo pintar y dibujar o en México a Carlos Pellicer que sentía devoción real por pintores como Orozco, Rivera y el paisajista José María Velasco. La lista de pintores que amaron las letras y de literatos que se apasionaron con la pintura es infinita. Entre nosotros está Marco Antonio Montes de Oca, que ha llegado a exponer sus cuadros y Tito Monterroso que solía poner en sus dedicatorias gratos dibujos y caricaturas, Raúl Anguiano que devoraba materialmente novelas, cuentos y poemas y Siqueiros que plasmaba en buen castellano sus polémicas y proclamas estético-políticas, para no citar el caso archiconocido de un José Luis Cuevas que traslada el yo (su forma de expresión favorita llamada autorretrato) al periodismo cultural y sustituye el aburrido nosotros por la arrogante y grata figura de la primera persona del singular.

El recorrido que hace Dionicio Morales por la pintura mexicana en este libro es un periplo agudo y fascinante, a veces se detiene en los cuadros o las esculturas, las fotografías, otras más en los creadores, de pronto es toda la exposición o la galería la que aparece ante nuestros ojos con luminosa musicalidad, pero siempre encontramos las palabras adecuadas para describir el hecho estético. Para mí, Música para los ojos, es una obra muy cercana al corazón. Todos los trabajos que lo integran los conocía, en otros tantos estuve cerca de Dionicio cuando los leyó, alguno más sobre Sebastián apareció publicado en un catálogo donde asimismo estaba algo mío. Muchos de los “enjuiciados” como Alfredo Cardona Chacón, Luis de la Torre, Martha Chapa, Irene Arias, Jesús Urbietta, Gonzalo Utrilla, Pepe Maya y Leticia Ocharán, fueron o son también queridos amigos. He podido apreciar sus respectivas obras y en muchos casos coleccionarlas dentro de la fundación que lleva mi nombre. Sin embargo ahora que los veo juntos y que aparecen algunas ilustraciones adecuadas, mi asombro es mayor y mi admiración por el poeta y crítico crece.

Antes comencé hablando de dos tareas en el caso de Dionicio Morales: la del poeta y la del crítico de arte. Ahora recapitularía: es simple y llanamente un poeta que se expresa con un lenguaje único: el de la poesía y con esta arma formidable se ha puesto a observar con un cuidado delicado y armonioso cuadros, esculturas y fotografías. El resultado es asombroso y está, por fortuna, a la vista. Creo que Dionicio es un hombre con grandes capacidades artísticas y emocionales, un ser generoso en un mundo que no lo merece. Como a muchos otros se le ha escamoteado el éxito pleno que su gran trabajo exige. A pesar de lo que digan amigos y enemigos yo no me considero una persona sociable, que finja serlo es otra cosa, pero de algo estoy seguro: me ha sido posible mantener una larga y extraordinaria amistad con Dionicio que lleva algo así como cuarenta años y ha sido indestructible. Ahora, al leer de nueva cuenta sus trabajos sobre artes plásticas, me emociona mucho saberlo tan dueño de la posibilidad de ver y oír la música en cada obra que halla. Si Dionicio como poeta es uno muy distinguido e irrepetible, como crítico de arte es un caso único debido a que es la poesía la que le permite adentrarse en sus misterios. Faltaría estudiar al promotor cultural, pero eso va ligado de la mano del periodismo que hace y de su necesidad de ser generoso y severo, amigo y enemigo. El mundo de Dionicio Morales es, por ventura, un mundo hermoso y poético, luminoso, donde no deja entrar la basura y ha encontrado la manera de defenderse de las agresiones diarias del sistema. Gracias, querido amigo, por este soberbio libro que debemos escucharlo en un aparato de altísima fidelidad y con muchas bocinas para que la música suene a la perfección con los acordes de una magnífica orquesta filarmónica, dirigida por un brillante conductor. ■